

LA INFANCIA DE LOS GRANDES HOMBRES

LUIS VAN BEETHOVEN

(Continuación.)

Cuando acabó de tocar la pieza, exclamó creyéndose solo, y con una alegría que nunca le había conocido hasta entonces el almacenista de música:

—¡Ahora mi violín!

Pero al acercarse al sitio en que tenía colgado el instrumento, vió á Mr. Simrok y se detuvo, poniéndose colorado.

—Me has encantado, niño mío, y quiero darte un beso—le dijo Mr. Simrok besándole efusivamente;—¿cómo no has salido con tus padres y tus hermanitos?

—Porque estoy castigado—respondió Luis con la mayor naturalidad.

—¿Y qué es lo que has hecho, hijo mío?

—Mucho, caballero.

Mr. Simrok se echó á reír.

—Mucho... es demasiado—le dijo.

—Pues es la verdad—replicó Luis tristemente;—no puedo aprender nada ni estudiar.

—¿Y la música?

—¡Oh! no la estudio... toco nada más.

—Pues es que tocas admirablemente, querido mío... y quisiera oírte más; pero... estoy un poco cansado, y para escucharte mejor...

—Necesitáis un vaso—dijo Luis sonriendo.

—Unasilla, replicó Simrok.

—Y...—terminó Luis—un dedito de vino del Rhin.

Y llamando á la criada:

—Sofía—la dijo,—trae una bandeja, un plato con bizcochos, un vaso azul y la botella con una etiqueta que guarda papá todos los días después de comer.

—¡Oh, dos vasos!—dijo Mr. Simrok, cuya gruesa fisonomía demostraba su satisfacción,—pues creo no te desdenarás de beber conmigo.

—¡Dos vasos!—exclamó Luis por toda contestación.

Sofía no tardó en volver á aparecer con todo lo que la habían pedido, y no encontrando ninguna mesa en la guardilla, puso la bandeja sobre una pequeña estufa.

Mr. Simrok se sentó en la única silla que había; Luis fué á buscar un cajón de madera, que colocó delante del piano, y subiéndose en él, se volvió de medio lado hacia el editor y le dijo:

—Beba usted sin cumplimientos y dígame qué quiere que toque... ¿De Haydn ó de Mozart?

—De uno y de otro—dijo Mr. Simrok echando vino en los vasos y principiando á beber.

Así se pasó una hora, durante la cual el niño Beethoven, con encantador agrado, tocó alternativamente y de memoria las piezas más afamadas de ambos maestros. Mr. Simrok no había necesitado la hora para vaciar completamente la botella que tenía delante de él.

—¡Admirable!—dijo cuando ya no quedaba más vino que el que había en el vaso de Luis;—sin embargo... es singular... Me gusta Haydn, me agrada mucho Mozart... y á pesar de eso me gusta más lo que tocabas cuando yo he entrado.

Mr. Beethoven, que acababa de volver, apareció en este momento en la guardilla y se apresuró á dar la mano á su antiguo amigo y á excusarse por no haber estado en casa para recibirle dignamente.

—Pues aparte de tu grata compañía y la de tu señora—dijo Mr. Simrok saludando á Mad. Beethoven, que venía con su marido,—el niño me ha recibido perfectamente... Toca muy bien... Bebe lo mismo... ¡Amigo Beethoven, ese será con el tiempo un gran músico!

—¿Cómo que bebo bien?... —dijo Luis sonriendo y enseñando su vaso, al cual no había tocado.

—Gracias, amigo mío; tu hijo es una cosa extraordinaria; es un cargo de conciencia no cultivar ese talento precoz. Mañana voy á hablar con Van der Eden, el organista de Palacio; es un buen pianista, le conozco muy bien, y puedes confiar en mi palabra; es preciso que dé lecciones al niño.

—Ya sabes que no soy rico, amigo Simrok—le hizo observar Mr. Beethoven.

—La honra de tener un discípulo como tu hijo le remunerará sobradamente de sus cuidados, y estoy seguro que con usura—replicó Simrok.—Por lo tanto, envía mañana al niño á casa de Van der Eden,

que yo me encargo de arreglarlo todo.

Y el almacenista de música, tan caliente el cerebro con la música de Luis como con la botella de vino del Rhin que se había bebido, se despidió repitiendo:

—Ese chico toca muy bien... bebe lo mismo...: llegará á ser un artista notable.

Seis años hacía que había tenido lugar la precedente escena, cuando una mañana entró Mr. Beethoven en la habitación donde se hallaba su mujer, á quien sorprendió el aire triste y meditabundo de su esposo.

—¿Qué tienes?—le preguntó aquella.

—Luis, nuestro hijo mayor, me causa muchos disgustos—dijo Mr. Beethoven sentándose al lado de su esposa, que se encontraba bordando;—no sé ni lo que hace, ni en qué se ocupa; tampoco puedo averiguar qué cosa le gusta.



ni qué es lo que le desagrada; siempre está solo, buscando los sitios más solitarios y agrestes y más en armonía con su carácter sombrío; ó bien se va allá arriba, se encierra en su guardilla y duerme pegado á su piano; podría creerse que estudia; pero siempre que le digo que toque algo, me contesta: «Padre mío, aún no sé tocar bien»; lo cual quiere decir: «No sé nada». Pero ahora no es eso lo que me preocupa—continuó el tenor sacando la caja de rapé y tomando un polvo.—Ya sabes que, siguiendo los consejos de Simrok, confié Luis á Van der Eden, que le daba lección de balde; Van der Eden ha muerto, y cuando iba á suspender los estudios de Luis, el elector me avisa que Mr. Neefe, sucesor de Van der Eden, se encargará del educando, siendo de cuenta de S. A. los gastos. Había aceptado; pero he ahí que hoy se le ocurre á S. A. la idea de escuchar al niño, y acabo de recibir una orden para ir esta noche con él á palacio; ¡con Luis! que jamás ha querido tocar delante de mí y ahora va á hacerlo delante de toda la corte. Ya puedes comprender mi embarazo y mi intranquilidad por si no llegase á tocar bien.

Llegó la noche. Mr. Beethoven se puso su mejor traje y se presentó con su hijo en el palacio del elector de Colonia. El padre temblaba como un azogado, mientras que Luis mostrábase tranquilo. Le acogió el Príncipe con gran afabilidad, y señalándole un magnífico piano le preguntó qué pieza quería tocar.

—V. A. puede escoger la que guste—dijo Mr. Neefe tomando la palabra;—mi discípulo ejecuta del mismo modo los estudios de Juan Sebastián Bach, que las sinfonías de Haendel.

Luis, que obedeciendo las órdenes del Príncipe se había dirigido al piano, palideció de repente y se detuvo. Había visto entrar un grupo de jóvenes una que le miraba con aire burlón y desdeñoso. Era Leonor, la compañera de su infancia, la educanda de Dorotea, la ahijada del Príncipe.

(Concluirá.)



FISICA RECREATIVA

Basado en las leyes de la Física, ofrecemos hoy á nuestros jóvenes lectores un juego de prestidigitación que podrán realizar por sí mismos sin gran dificultad.

Se trata de convertir el agua en vino, y reciprocamente, experimento maravilloso al parecer y perfectamente factible

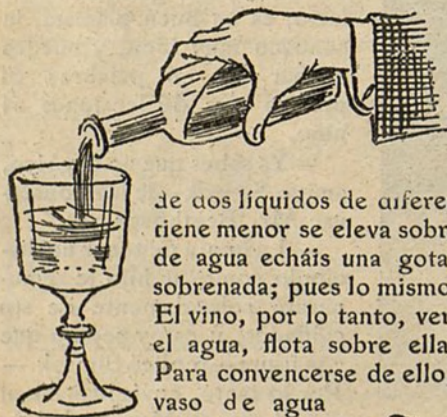


Fig. 1.a

en realidad, como vamos á ver; pero antes y por vía de preparación, bueno será recordar á los que lo sepan y enseñar á los que lo ignoren, que de dos líquidos de diferente densidad, el que la tiene menor se eleva sobre el otro. Si en un vaso de agua echáis una gota de aceite, véis cómo sobrenada; pues lo mismo sucede con el alcohol. El vino, por lo tanto, vertido gota á gota sobre el agua, flota sobre ella en vez de mezclarse. Para convencerse de ello, basta con poner en un vaso de agua una cortecita de pan y sobre ella ir vertiendo el vino despacio para que se deslice suavemente. El vino quedará encima (fig. 1.a).

De esta experiencia está sacado el juego de la transmutación de ambos líquidos, que tiene las apariencias de magia.

Llenamos una copa de agua y otra de vino á presencia de los espectadores, permitiéndoles probarlos si gustan, para que se convenzan de que son agua y vino natura-

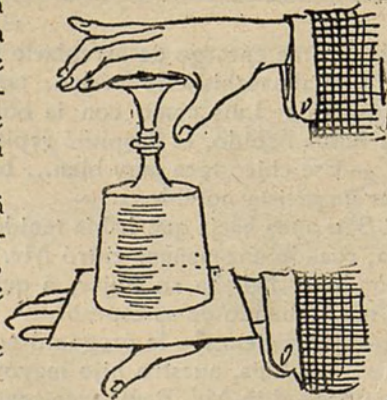


Fig. 2.a



Fig. 3.a

les, y les anunciamos que vamos á colocar una copa sobre la otra, separadas por una cartulina, y que, por arte de birlibirloque, el vino se convertirá en agua y ésta en vino.

Por la ley física de la presión atmosférica, si sobre una copa llena de un líquido colocamos una cartulina, y, sujetándola bien con la mano para que no penetre nada de aire, volvemos la copa boca abajo, la cartulina quedará adherida á los bordes como si estuviera pegada, y no se verterá ni una gota del líquido.

Coloquemos, pues, la copa que contiene el vino sobre una mesa, y tomando la del agua,

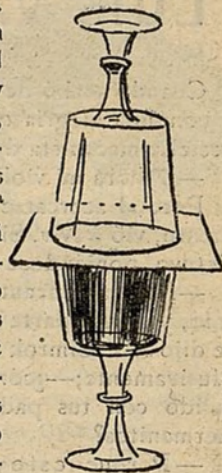


Fig. 4.a

pongámosla el trozo de cartulina, oprimiéndola con la mano izquierda, y demos la vuelta á la copa como indica la fig. 2.a. Retiremos la mano izquierda, y quedará como en la fig. 3.a. De esta suerte, podemos colocarla sobre la copa del vino, como se ve en la fig. 4.a. Después cubrimos ambas copas con un gran cucurucho de papel, pronunciamos las palabras cabalísticas que se nos antojen y ordenamos á los líquidos que se transformen, y al poco rato quitaremos el cucurucho para que el respetable público vea asombrado que la copa del vino contiene agua, y reciprocamente.

¿Cómo se ha hecho el milagro? Pues con un poco de habilidad no difícil de adquirir. Con mucho cuidado, y aparentando colocar las copas bien en equilibrio, se empuja la cartulina suavemente hasta que deje en uno de los bordes de la copa un *pequeñísimo* hueco. Entonces, y mientras están las copas tapadas, el vino asciende por el diminuto orificio y el agua desciende sin mezclarse, puesto que no hay choque ni sacudida alguna que las agite.

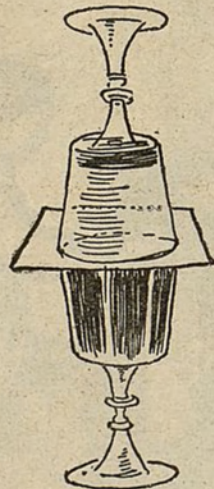


Fig. 5.a

La operación, que se ve en la fig. 5.a, hace que los líquidos rojo y blanco de la fig. 4.a aparezcan completamente cambiados, como en la fig. 6.a.

Cuidese de que el equilibrio no se altere al empujar la cartulina, así como de que el hueco que se deje sea muy pequeño, y, por lo que pudiera ocurrir por falta de pulso en los primeros ensayos, colóquese la copa inferior en un plato soperero, por si se vierte.

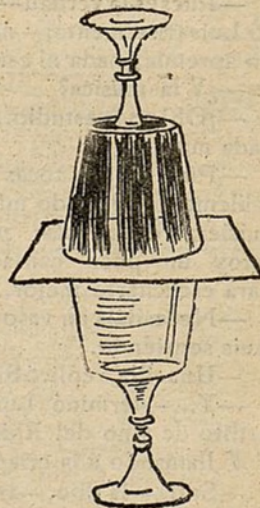


Fig. 6.a

CUENTOS DE MI ABUELA

EL CHORLITO

Pues señor... hace muchísimos años vivía con sus padres un *chorlito*, que era el pájaro más desobediente y el más caprichoso, antojadizo y majadero de todos cuantos tuvieron cabeza de *chorlito* desde que el mundo es mundo. Sucedió, pues, que el pícaro pájaro, no encontrándose á gusto con sus padres que le mimaban y *llevaban en palmitas*, quiso vivir solo y hacer de su capa un sayo, y sin pararse en barras, un día dijo: «Hasta aquí llego»; dió un brinquito, abrió las alas, y volando que *se las pelaba*, se fué por esos mundos de Dios.



ACTO RELIGIOSO DE RODOLFO I. CUADRO DE RUBENS En nuestro Museo del Prado se conserva este lienzo del gran pintor Pedro Pablo Rubens, maestro de Van Dyck y de los Teniers, arquitecto, diplomático y escritor. Nació en Sieghen (Westfalia) el 29 de Junio de 1577, y murió en Amberes en 1640. El asunto del cuadro cuya copia publicamos, es un acto de piedad atribuido al rey de Alemania Rodolfo I de Hapsburgo, fundador de la monarquía austriaca. Entregábase el Rey á la diversión de la caza, cuando vió que cruzaba el bosque un sacerdote que iba á un poblado inmediato á llevar el Santo Viático á un enfermo. El Rey suspendió la cacería, cedió su caballo al sacerdote y él mismo le sirvió de palafrenero hasta la morada del moribundo.

Después de andar de la ceca á la meca hecho un zascandil todo el día, comenzó á anochecer, y entonces no pudo menos de pensar: «Pues señor, ya va siendo hora de recogerse, pero yo no tengo nido; mañana mismo empiezo á construirme uno que va á dar golpe entre todos los nidos del orbe». Y dicho y hecho: pasó aquella noche como Dios le dió á entender, y á la mañanita tomó el tole y empezó á buscar sitio á propósito para hacer su casita.

Anduvo y voló mucho, porque todo le parecía poco para su persona, hasta que vió un altísimo roble y dijo: «Este es mi árbol, que me viene como de molde, y es un sitio *pinriparrado* para mí; así quería yo estar: en una posición elevada». Y diciendo y haciendo, puso su nido en la punta de la rama más alta.

«Aquí sí que me encuentro como un patriarca en su silla o un rey en su trono. Esto es vivir, ¡qué diantre! y lo demás es cuento.

Pues señor... una tarde se presenta una nubecilla; el aire se revuelve en torbellino; empieza una tormenta *morrocotuda*, y el nido fué revoloteando sabe Dios dónde. El chorlito, que estaba de paseo muy fresco, se dirigió á su nido más que á paso; pero al llegar, ¡quién pensara y quién dijera! el nido allí había estado, pero ya ¡échale un galgo! Entonces el chorlito, en uno de esos momentos de acierto que suelen tener á veces las personas, dijo: «Me parece que he sido un *gazanapiro*»; y tenía razón que le sobraba. «Vámonos con la música á otra parte, y nada de alturas, que no son buenas

para las tormentas.» Esto pensaba, cuando vió unas matas de romero. «Esto sí que será seguro, exclamó, porque es de lo más bajito que existe»; y sin más ni más, hizo su nido en las matas del romero, y se quedó tan ancho.

¿Ustedes creen que se arregló la cosa con este remedio y que allí pudo vivir? ¡Ni ese es el camino! El nido se le llenó de insectos y gusanillos, de polvo del camino, y un día que llovió se le puso de barro hecho una lástima. «¡Canastos! ¿Si sabremos á qué atenernos? ¿Dónde *demonche* voy á establecerme?» Dijo, y pasó unos días muy malos, con un humor que se tiraba á las tapias, como suele decirse, hasta que por fin de sus cuitas puso su albergue en un arbusto, donde le fué bien, y allí pasó una gran temporada á las mil maravillas, reuniéndose al fin con sus padres, porque al cabo de los años mil vuelven las aguas por donde solían ir y el amor de la familia *tira mucho*, y no se sabe lo que vale hasta que, por desgracia, se pierde.

Dicen algunos sabios autores que el chorlito, desengañado de la vida de aventuras, pasó su existencia pensando y meditando sentencias, y aun se asegura que dejó algunas escritas de su pata y letra, entre las cuales, recordando sus trabajos, deió ésta:

«La felicidad no está en el roble ni en el romero, ni muy arriba ni muy abajo, sino en un buen medio.»

Desde entonces, se acostumbra á decir que los extremos son viciosos.

C.



LA SUMA MISTERIOSA

Hallar la suma de varias cantidades no es en verdad cosa que pueda asombrar á nadie, pero escribir el total de dicha suma antes de conocer los sumandos ya resulta una habilidad prodigiosa. Esta maravilla pueden realizarla los lectores de GENTE MENUDA con gran facilidad, procediendo de la manera que vamos á indicar:

Se propone á una ó varias personas adivinar por adelantado la suma que ha de resultar de las cantidades que quieran poner en un papel y de otras, además, que nosotros escribiremos, y para demostrarlo, se empieza por escribir en un pedazo de papel la suma, que se deposita, sin que nadie la vea, donde gusten.

En seguida se invita á una persona á que escriba una cantidad de cinco cifras, por ejemplo: supongamos que pone 3.584.

El que hace el juego pone debajo otras cinco cifras, que serán el número de unidades que á cada cifra faltan para llegar á nueve, y por tanto, pondrá 6.415. Así se continúa alternando hasta que haya diez sumandos y entonces se hace la suma. Una vez obtenida ésta se enseña el papel depositado y se ve con asombro que la suma que por anticipado se escribió es exactamente igual.

¿Cómo ha podido realizarse el milagro?

Pues muy sencillamente: la suma que se escribió era 499.995, que es el producto de una cantidad de cinco nueves por cinco,

porque como entre la cantidad que pone el invitado y que la escribe el que hace el juego hacen 99.999, los diez sumandos resultan cinco de 99.999, por lo cual, multiplicando por cinco esta cantidad, se sabe lo que resultará de sumarlos todos.

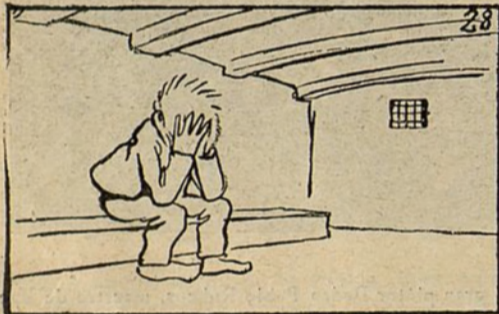
Como los que presencian este juego ignoran esto, no pueden menos de sorprenderse al ver que se ha escrito la suma antes de conocer los sumandos y, sin embargo, gracias á las propiedades del número nueve, la cosa es tan sencilla como se acaba de ver.

EJEMPLO CON NUMEROS DE CUATRO CIFRAS

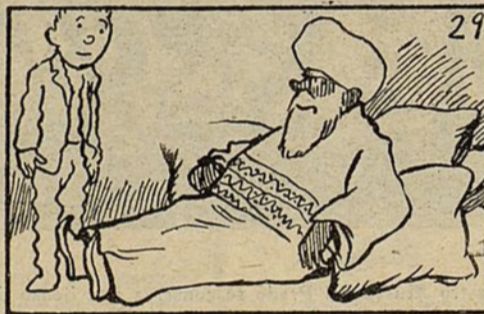
Cantidad que escribe el invitado.	3.672		
El que hace el juego pondrá.	6.327	}	9-999
Otra cantidad del primero ú otra persona. .	2.358		
El adivinador.	7.641	}	9-999
Y así sucesivamente.	1.352		
	8.647	}	9-999
	3.145		
	6.854	}	9-999
	7.023		
	2.976	}	9-999

Estas diez cantidades componen, como se ve, cinco de 9.999, por lo cual, la suma que escribimos por adelantado es de 49.995, ó sea su producto por 5.

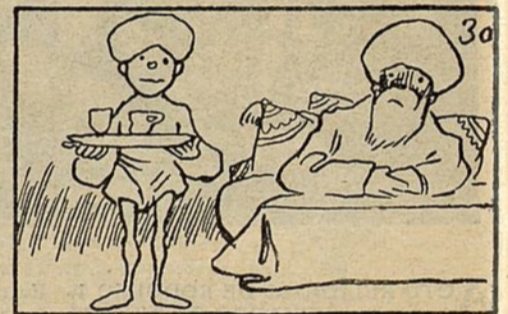
LA FORTUNA DE JOAQUINITO (Conclusión.)



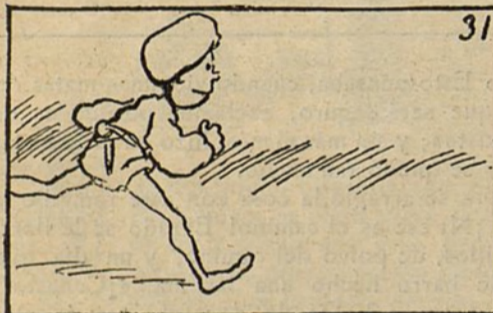
Mucho lloró en silencio su cautiverio, pero sin perder la esperanza de su evasión.



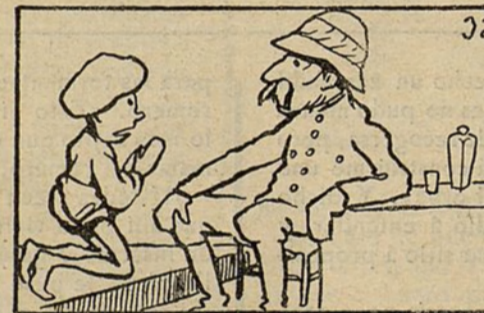
El jefe pirata, en cambio, encontró al chicuelo muy á propósito para emplearle en su servicio de allí en adelante.



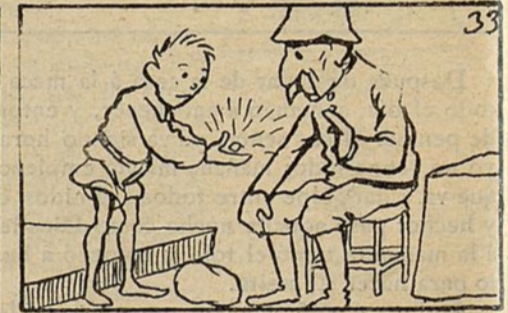
Apenas desembarcó, resolvió dar á Joaquinito el cargo de copero suyo.



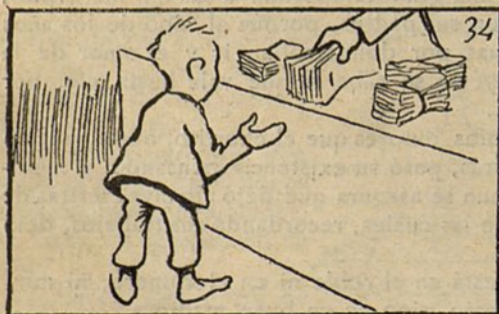
No le seducía al chico tan importante cargo, y en cuanto vió dos dedos de luz apeló á la fuga.



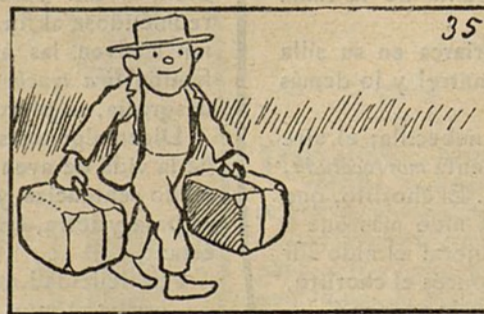
Y corriendo, corriendo, acertó á llegar á una factoría inglesa, donde pidió protección.



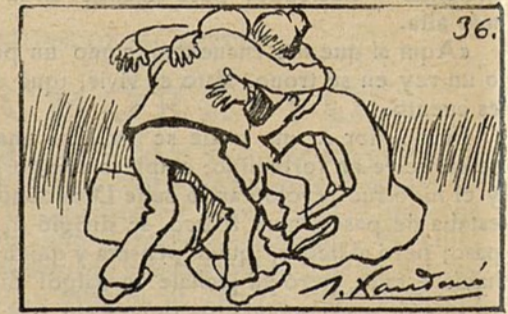
Refirió entonces Joaquinito sus aventuras y mostró el diamante que fué causa de sus desdichas.



No tardó en concertar con un comerciante hebreo la venta de la preciosa piedra.



Cuatro días después, se embarcaba para su país llevando buenos fajos de billetes de Banco.



Calcúlese la alegría de los padres al volver á ver á su hijo sano y salvo que les traía una fortuna.